

La calle para el viernes 4 de junio de 2010

Diario de un espectador

Esa sierra de Durango

Miguel ángel granados chapa

Chicogrande, el personaje que da nombre a la película de Felipe Cazals, baja de la sierra a hurtadillas, determinado a cumplir su misión. Y poco después hace el camino de regreso a su punto de partida. Pero ya no es el mismo.

Salió de la cueva donde el general Villa se escondía y reposaba, necesitado de atención médica, resuelto a encontrar al médico cuya presencia urgía al Centauro del Norte. Es probable que, sin él, la encomienda se cumpla. El cineasta galardonado, con base en la historia de Ricardo Garibay, quiso que el espectador contribuyera con su imaginación, con sus inclinaciones, con sus sentimientos, a configurar el final de esta cinta sobre Villa sin Villa, donde en cambio el protagonista es el pueblo villista, el que no requiere uniforme ni cananas para hacer la revolución, sino que con su presencia arropadora, indiferente en apariencia sirve al gran jefe de la División del Norte para lo que haga falta.

¡Inmensas serranías las de Durango! Son las mismas hace un siglo. En 1916, cuando la ilusa tropa norteamericana entra en México a localizar al Centauro, para hacerlo pagar con creces la osadía de atacar a Columbus, esa comarca montañosa ha sido escenario del enfrentamiento entre la gente de Villa y la de Carranza, vencedora esta última. Y durante la expedición punitiva la violencia contra la población la ejercen las tropas del general Pershing. El capitán enviado a encontrar a Villa, impaciente por su inminente fracaso —el gobierno carrancista, que autorizó su entrada le ha puesto un ultimátum para que se retiren—mata a quien encuentra a su paso, en su inútil afán de obtener información para localizar a su odiado enemigo. Como a decenas de lugareños más, cuelga aun a las tres prostitutas enanas con las que se ha divertido la noche anterior.

(En 2010 esa Sierra se impregna de violencia del narcotráfico).

Va en pos de Chicogrande, creyente de que su rastro permitirá llegar a Villa. Y en efecto, Chicogrande se dirige a las cumbres. Lo acompaña, primero a la fuera y después voluntariamente, el médico de la cruel fuerza invasora. El médico es rehén del villista, al que atendía después de la demoledora golpiza que el capitán le asestó para hacerlo hablar. No sólo guarda mutismo sino que lo rompe para insultar a su captor.

La golpiza lo deja hecho un guiñapo. Tan frágil, tan desvalido jinete no puede siquiera sostenerse sobre la silla de su montura. En

vez de aprovechar para huir, el médico pudoroso que confía a sus abuelos los abusos de sus compatriotas improvisa un arnés hecho de ramas, que bien atado al caballo asegura a Chicogrande y evita nuevas caídas. Pero ya no es necesario: el villista abnegado prácticamente está muerto, pero todavía alcanza a entender la estrategia del médico. Éste irá por su lado para alcanzar el punto donde Villa lo espera, a él o cualquier otro que lo salve de morir entonces y en la sierra. Mientras tanto, la inercia de la cabalgadura de Chicogrande lo lleva por otro rumbo.

La trampa surte efecto. El avieso y traidor capitán, el que mata a sus improvisadas y pequeñas novias luego de disfrutarlas en una noche de juerga, divisa al villista y cuando ya está cerca le dispara por la espalda. Cree haberlo asesinado el mismo y evitado que Villa recibiera el auxilio médico que necesita. Por lo tanto, avanza en la dirección hacia la cual iba Chicogrande. Eso lo aleja paso a paso de Villa.